



HISPANIA NOVA
Revista de Historia Contemporánea

“Sociedad y milicias en la guerra civil española, 1936-1939:
una reflexión metodológica”

en

Estudios de Historia de España.
Homenaje a Manuel Tuñón de Lara

Madrid, Univ. Internacional Menéndez Pelayo, 1981,
vol. II, pp. 307-325

JULIO ARÓSTEGUI SÁNCHEZ

El texto se publica con la autorización de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. El Consejo de Redacción agradece a dicha institución la concesión del permiso para su reproducción.

SOCIEDAD Y MILICIAS EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, 1936-1939. UNA REFLEXION METODOLOGICA

Julio Arostegui

1. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTION

En el curso de un trabajo de investigación en detalle sobre la intervención en la guerra civil de un grupo político tan tipificado como el carlismo, se me ha mostrado como imprescindible la necesidad de una consideración previa, más amplia, sobre el fenómeno que caracteriza fundamentalmente esta intervención, es decir, el del aporte al conflicto de una importante masa de efectivos humanos bajo la forma de las *milicias armadas*. Naturalmente, se trata de una consideración que desborda ampliamente el campo central del trabajo al que aludo, pero se ha hecho evidente que sin un contexto claro del fenómeno miliciano en la España de los años treinta, no sería inteligible el hecho concreto de las milicias carlistas, una más de las manifestaciones de las formas de actividad política de la época. Sobre el papel de *Milicias y milicianos* en la guerra civil, y antes de ella, sobre la significación y el volumen de este hecho, se ha fantaseado, sin duda, mucho, como denuncian, con razón, autores recientes. Se impone, por tanto, una desmitificación de esta realidad, pero ella no será posible si no va precedida de la clarificación historiográfica de algunos puntos que permanecen oscuros o insuficientemente explicitados y que afectan a la caracterización del fenómeno miliciano en su totalidad.

En este breve escrito, modesta contribución al homenaje que se ofrece al profesor Tuñón de Lara, no pretendo mucho más que enumerar unas primeras sugerencias, que no creo enteramente ociosas, sobre cuestiones que, a mi modo de ver, están necesitadas de una atención expresa por parte de la investigación historiográfica en el tema de las milicias. No se

trata, sin duda, de aportaciones rigurosamente originales. Pero contienen, según creo, algunas pautas que estimo pueden ser fructíferas para la matización de ciertos aspectos históricos importantes en la coyuntura crucial de la guerra civil de 1936-1939 y sus precedentes inmediatos. Señalo aquí lo que me parecen carencias decisivas en nuestro conocimiento actual del tema. Insisto en lo injustificado de ciertos mitos que parecen acompañar inevitablemente a una parte importante de la publicística. Y me pronuncio, en definitiva, por la articulación de un estudio del hecho miliciano que lo enfoque globalmente, y que sea nítidamente distinguido del de la evolución de los Ejércitos que intervinieron en la guerra, del origen de sus unidades o de su comportamiento en el combate. Los temas pendientes son, a mi juicio, otros y la manera de enfocarlos también. Por ello me decido a calificar estas líneas de *reflexión metodológica*.

Permanecen poco claras, en lo que conozco, algunas cuestiones referentes a las milicias políticas de las que, sin ánimo de exhaustividad, se podrían dar aquí algunos ejemplos. En primer lugar, no creo que pueda considerarse adecuado nuestro conocimiento actual del origen y comportamiento de las organizaciones milicianas anteriores a 1936, tanto en el campo de las fuerzas políticas antirrepublicanas —fascistas, carlistas, monárquicos convencionales—, las de postura ambigua —el caso de la C.E.D.A. y su derivación cuasi milicianas, las J.A.P.—, o las, en principio, defensoras del régimen —socialistas y comunistas—. Mientras que el caso anarquista es claramente *sui generis*. Se trata de un terreno donde hoy siguen predominando las informaciones testimoniales, claramente teñidas por las intenciones propagandísticas, magnificadoras o peyorativas, de escasa fiabilidad todas ellas. Este panorama permite, y aquí está la segunda cuestión, la persistencia de diverso género de arbitrariedades a la hora de explicar el papel de las organizaciones milicianas en la preparación y consumación del alzamiento antirrepublicano, o bien en la oposición a él. No conozco tampoco un verdadero estudio comparativo de las diversas concepciones de la milicia en la época anterior a la guerra ni, desencadenada ésta, sobre las concepciones de gubernamentales y sublevados acerca del papel y destino reservado a las fuerzas milicianas, que, obviamente, eran distintas y que determinaron, en gran manera, no sólo la evolución de los respectivos Ejércitos, sino también el carácter mismo de la guerra.

En estas concepciones distintas tuvo su origen la consideración que cada bando hizo de la función atribuida en la guerra a las *masas populares*. Ellas determinaron de alguna manera los respectivos objetivos de guerra que definían un Estado y una organización social particulares para después de la guerra. Por fin, y para concluir esta enumeración, es preciso referirse al aspecto más descuidado de todos por la bibliografía disponible: ¿cuál fue la exacta composición sociográfica de estas organizaciones milicianas antes de la guerra y en el curso de ella? ¿Qué separa y qué acerca sociohistóricamente a las milicias *populares* de uno y otro bando? La respuesta es bastante menos obvia de lo que suele creerse, según tendremos ocasión de comentar más adelante.

En otro orden de cosas, y a pesar de lo que opinan buena parte de los publicistas militares de hoy, así como un núcleo importante de los militares profesionales que hicieron la guerra, el papel de las milicias en la guerra no fue marginal, ni su importancia estriba donde algunos quieren verla. Evidentemente, la relevancia de las milicias no reside en su eficacia militar, muy dispareja en ambos bandos, pero en modo alguno ausente. Su importancia reside más bien en lo que tienen de testigo de un profundo conflicto social, que no dejó fuera de él a ninguna capa de la población, y en lo que tienen de vehículo de una movilización ideológica que partió a la sociedad española del tiempo. Pero, además, no puede minimizarse el hecho de que, saldada la fase de asalto a la República con un fracaso, el desencadenamiento de la guerra civil fue posible, desde la óptica de los intereses y las ideologías en pugna, gracias al fenómeno de las milicias voluntarias. Las milicias fueron, como es sabido, un componente esencial de las «columnas» militares con que unos y otros emprendieron la guerra.

Es difícil convencer a nadie, a pesar de los esfuerzos que se han hecho para ello, de que la guerra fue resultado del conflicto entre dos fracciones enfrentadas de un mismo Ejército. Desde el primer momento las milicias tuvieron una presencia numérica considerable, pero, además, caracterizaron políticamente a cada uno de los bandos de forma notoriamente distinta. La evolución de ambos bandos en lucha hizo que, a poco de comenzar la guerra, la distinción entre fuerzas militares regulares y milicianas fuera progresivamente careciendo de sentido, razón de más para pensar que la verdadera importancia de las milicias no reside, precisamente, en su volumen. Ninguno de los bandos permitió el mantenimiento inalterable de este tipo de fuerzas irregulares, politizadas y autónomas hasta cierto punto, que tan destacado papel habían representado en la fase inicial de la guerra. La evolución de las milicias fue conscientemente truncada para reconducirlas hacia su integración en estructuras militares de corte clásico. Las razones de ello en cada bando, los procedimientos, los objetivos y, naturalmente, los resultados, fueron bien distintos. Y ello resulta de la máxima significación para valorar el fenómeno miliciano en la guerra, y la significación misma de ella. Un bando habló de *Milicias Populares*, terminología de connotaciones semánticas bastante precisas, y el Ejército que salga de ellas será un *Ejército Popular*. Parece innecesario insistir en el reflejo que esto representa de la idea que circula entre las fuerzas políticas predominantes en la República sobre el carácter de la lucha. Las milicias de aquellas fuerzas políticas que apoyan la sublevación se llaman *Milicias Nacionales* y acaban siendo *Milicias de FET de las JONS*.

Pero es también falsa la idea de que la guerra fue en su origen y desenvolvimiento la resultante de la rebelión de un Ejército contra la sociedad y el régimen político que estaba obligado a defender. El conflicto fue bastante más que eso. Su interpretación como un enfrentamiento Ejército-Pueblo es también una falacia propagandística. En el bando sublevado había una importante fracción de ese ambiguo conjunto social que llamamos *pueblo* —y que después intentaremos matizar en su alcance—, como lo

demuestran las importantes organizaciones milicianas de que dispuso. Así, y aun cuando pudiera mantenerse, lo que no es el caso, que la guerra se explica como enfrentamiento entre fracciones militares, éste no habría podido prolongarse sin el apoyo respectivo de unos determinados componentes populares. De esta forma, la guerra aparece como la manifestación de un enfrentamiento total que le asegura una duradera y, desgraciadamente, penosa, presencia en la memoria histórica de nuestra sociedad.

El conflicto civil español del final de la década de los treinta fue, con todas sus connotaciones, una guerra *popular*, es decir, en absoluto limitada a sus componentes militares clásicos. La guerra, como expresión última de una ruptura entre capas de la población, en la que ha llegado a identificarse un importante episodio de la lucha de clases, se caracteriza, en gran parte, por esta incorporación masiva de voluntarios civiles —antes de las movilizaciones obligatorias— a la lucha, a través de las milicias. El caso de Navarra es tenido, justamente, como arquetípico. La impulsión ideológica estuvo, en su momento, en los umbrales del paroxismo. Por ello resulta tan difícil de *explicar* con los instrumentos al uso de las Ciencias Sociales, y se llega, cuando se les ignora, a los resultados que por conocidos no es preciso referir aquí. En cualquier caso, las «científicas» pretensiones recientes de demostrar que lo determinante en el conflicto fue el fraccionamiento del Ejército convencional, que habría quedado casi equitativamente dividido entre republicanos y antirrepublicanos, sobre el que habría pesado, en definitiva, su resolución, es, hasta ahora, el último de los intentos de falseamiento de esta situación histórica, por más que se presente con un ropaje cuantitativo y técnico abrumador. Lo definitivo no fue, en modo alguno, la partición equilibrada de las lealtades producida en el generalato, la oficialidad y las unidades concretas del antiguo Ejército. M. Alpert ha demostrado cumplidamente que las fracciones separadas del Ejército no son comparables entre sí (1). El hecho real es que la República no quiso, no supo, o, lo que es indudablemente más cierto, no pudo emplear con eficacia aquella parte del Ejército que le permaneció fiel. Los condicionamientos de este hecho podrán ser discutidos, pero no sus resultados.

El tema del peso relativo de los contingentes milicianos en cada bando es otro de los que más se han prestado a manipulaciones y, de hecho, no hay otro en el que las interpretaciones de realidades documentales sean más disparejas. Es difícil aportar nada nuevo en este asunto sin una investigación exhaustiva, como la que por nuestra parte estamos realizando sobre las milicias carlistas. Pero hay alguna manifestación de este panorama que merece la pena señalarse aquí. En un documento procedente del Estado Mayor de Franco, en Salamanca, que ha sido manejado ya por bastantes autores (2), fechado en julio de 1937, se pedía «a los efectos de

(1) MICHAEL ALPERT: *El Ejército republicano en la guerra civil*, París, 1977, pág. 30.

(2) Conservado en Servicio Histórico Militar, Archivo de la Guerra de Liberación. Cuartel General del Generalísimo. Armario 1, Legajo 91, carpeta 2 (en adelante, A.G.L., seguido

propaganda» información sobre «el Ejército que tenía España el 17 de julio de 1936» y su evolución a los tres días de la guerra. Los datos de la respuesta, bastante mal presentados, permiten, sin embargo, establecer que el bando «nacional» dispuso de 91.270 hombres, teóricamente, de los que 8.390 eran generales, jefes u oficiales, 73.500 tropa, incluyendo las fuerzas paramilitares de seguridad en sus diversos institutos, así como las tropas africanas. El resto eran suboficiales y CASE. Los «rojos» presentaban un total de 89.837 hombres, de los que 6.520 eran generales, jefes y oficiales y 73.866 de tropa. Hasta aquí la predicada igualación de las fuerzas parece confirmada, sin otras consideraciones cualitativas o políticas. El cálculo de los efectivos de milicias era revelador; en los sublevados, 35.000 hombres, «falangistas, requetés, etc.» (sic); en los gubernamentales, los perfiles estadísticos eran sencillamente delirantes: las «organizaciones marxistas» se compondrían de 150.000 hombres en aquellas a las que se denomina «de asolto», 100.000 en las «de resistencia» y 300.000 en aquellas otras «sindicales y otras organizaciones (aproximado)» (sic) (3).

Esta versión mía es una más entre otras, pero quiero resaltar en ella la importancia de las fuerzas milicianas, que en estos momentos serían superiores en el bando republicano, sin llegar a las absurdas cifras comentadas. Podemos añadir que los efectivos de las milicias en cada bando eran en octubre de 1936 ligeramente superiores a los 100.000 hombres entre los republicanos, y de unos 60.000 entre los sublevados.

De todas formas, el planteamiento de la problemática de las milicias en la guerra no se agota con la elucidación de su origen o su peso relativo en el conflicto. Hay, al menos, otros dos temas sobre los que quisiéramos llamar la atención. El primero de ellos, alude a la insuficiencia del término *pueblo*, cuya pobreza conceptual le hace no apto para cualquier intento de explicación rigurosa de la manera en que el conflicto español se manifestó al nivel de las capas sociales. El pueblo tiene, sin duda, la connotación de capas inferiores de la sociedad, o bien de conjunto de estratos de población que deja fuera a la capa más alta de la clase dominante. Pero con este término no podemos definir adecuadamente a grupos sociales que son diferenciables por sus intereses, concepciones y status relativos. Es preciso que las actitudes ante la guerra, de las que las milicias son, en gran parte, un vehículo, sean adscritas a fracciones, grupos o clases cuya caracterización sociohistórica se haga con mayor rigor. Más adelante volveremos con mayor detalle sobre el tema. En segundo lugar, en preciso destacar cómo las masas populares fueron instrumentadas de manera distinta en ambos bandos, en función de la concepción misma que sobre ellas tenían grupos dirigentes y mandos militares. Las milicias y su evolución se encuentran sujetas a los objetivos de guerra para los que se las emplea. Y así fueron, o un mero elemento auxiliar, a sumar a las fuerzas de un Ejér-

de los tres números correspondientes). El documento, como decimos, es conocido por Alpert, Salas Larrazábal, Casas, aunque no siempre se le cita correctamente.

(3) Existe una nota a pie de página en el documento que añade aún: «Esta cifra puede doblarse, ya que una parte del elemento que se encontró en zona roja se convirtió (unos pasivamente y otros no) en combatiente...»

cito convencional puesto al servicio de un pensamiento político que tenía por base el militarismo —bastante más que el fascismo—, o las protagonistas de un proyecto de cambio social, más o menos revolucionario, que fue identificado con el objetivo de la guerra, cuyos componentes socialistas eran innegables y, naturalmente, temidos, por aquellas fracciones de las clases altas que defendieron la República burguesa.

Caracterización sociográfica y evolución y destino final de las milicias en función del propio cambio político que se operó en cada uno de los bandos son, por tanto, otros dos objetivos a señalar a una futura investigación historiográfica. Respecto al segundo, cabe añadir aún algunas precisiones sobre lo que una investigación en detalle deberá explicar con claridad. En uno de los bandos, el de los sublevados, el hecho de la anulación, o la mixtificación consciente y decisiva, de las ideologías de extrema derecha que representaban el grueso de las milicias que concurren en apoyo de los militares, es decir, la Falange y el Carlismo. Ambas fueron puestas al servicio de un proyecto que se acabó revelando como el de la simple y pura dictadura militar de la derecha tradicional, desvergonzada y oportunamente cubierta con el ropaje «modernizante» del fascismo y con una cierta simbología y formulaciones que formaban parte del más rancio acervo del carlismo. Entre los republicanos, el hecho más destacable es precisamente el de la creación de un Ejército Popular, fundido en moldes clásicos, pero que anunciaba la irreversibilidad de un proceso de destrucción de la República burguesa, lo que en el panorama político mundial de los años treinta no dejaba de ser un hecho decisivo. En función de ello, la evolución de las milicias republicanas es mucho más compleja y los comunistas, los más claros impulsores de esa evolución, tuvieron clara conciencia del problema.

En el estudio, más coherente a nuestro juicio, de las milicias que aquí proponemos, los apoyos bibliográficos disponibles resultan claramente insuficientes y no por su escasez, principalmente, sino por su enfoque. Sin embargo, el problema principal, y en lo que respecta, sobre todo, a la etapa republicana, es el de la carencia de fuentes de primera mano y adecuadas para este estudio. Los archivos utilizables esperan, en cualquier caso, una exploración a fondo (4). La mayoría de los autores prefiere, en realidad, empezar el tratamiento del tema de las milicias con el hecho mismo del alzamiento antirrepublicano, y esto ocurre, incluso, con las Memorias de sus protagonistas.

En el caso de las milicias en la guerra, el panorama presenta, sin duda, otros caracteres. Son más abundantes los tratamientos y existe mayor cantidad de puntos de vista. Pero el desequilibrio es la nota más destacada de esta bibliografía, si hacemos abstracción de los problemas de tenden-

(4) Estos Archivos utilizables a que aludo son los oficiales, fundamentalmente tres: el Archivo de la Guerra de Liberación, el Archivo de la Milicia Nacional y la Sección de Guerra Civil del Archivo Histórico Nacional (Salamanca). Para cuestiones relacionadas con la República es este último el más indicado.

ciosidad que muchas de estas obras plantean. Las milicias del bando franquista, como su Ejército mismo, son las que más necesitadas de estudios se encuentran, puesto que los que existen distan mucho de cumplir sus objetivos. Una obra sobre el carlismo en el periodo, como la de Blinkhorn, prácticamente ignora el tema (5). En el campo republicano, siendo más abundante la producción, las obras suelen resbalar rápidamente hacia las vicisitudes de la creación y actuaciones del Ejército de nuevo cuño que hubo de crearse. Faltan, para cualquier periodo, los estudios comparativos sobre el hecho global de las milicias. Por fin, su estudio sociográfico está prácticamente por hacer.

2. EL ORIGEN, CARACTER Y EVOLUCION DE LAS MILICIAS

En la historia de las milicias políticas españolas de los años treinta no es difícil establecer los jalones de una trayectoria común, al menos en sus rasgos externos, en la que encajarían estas organizaciones, cualquiera que fuera su signo político. En tal trayectoria pueden distinguirse tres etapas. La guerra civil constituye, sin duda, la gran cesura entre las dos primeras, y, a raíz de su desencadenamiento, los rasgos formales comunes entre todas las milicias tenderán a polarizarse y diverger en función del enfrentamiento mismo. Pero, con anterioridad a julio de 1936, se desarrolla la fase de *creación de milicias*, una forma peculiar de prolongación de la actividad política, cuyos objetivos son semejantes en todos los grupos políticos que las crean. Los elementos formales, pues, suelen responder a un patrón común, aunque —conviene dejar esto claro— «la milicia» constituye, para alguno de los grupos, elemento consustancial con su doctrina. Este es el caso del fascismo, mientras que para el carlismo la acción política a través de la milicia es una tradición originaria del grupo.

Está claro que se trata del periodo en el que el panorama de las milicias se muestra más confuso. En él persisten las dudas, incluso, sobre la fecha de creación de ciertas organizaciones milicianas. No hay duda, sin embargo, de que el triunfo del Frente Popular determinó un desarrollo acelerado de ellas y no solo de las que se encontraban ligadas a los grupos políticos triunfantes en las urnas. Comenzada la guerra, las organizaciones milicianas, sobre cuya operatividad es difícil de creer que superara la actividad violenta callejera o las misiones de elemental protección, lo que no descarta que se produjera un elevado número de muertes como producto de estas actividades, se transforman en verdaderas *milicias armadas*, aumentan extraordinariamente sus efectivos, y evolucionan hacia su conversión en unidades militares. Es esta la segunda fase de la historia que culminaría con la *militarización* efectiva de las milicias armadas, proceso comenzado en octubre de 1936, con medidas legislativas concretas, pero que

(5) M. BLINKHORN: *Carlismo y Contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, 1979 (Original inglés de 1975).

no estaría enteramente concluido hasta junio de 1937. Fue la etapa determinante en la historia de las milicias, la que consumó la evolución divergente entre ellas, según el bando en que se alinearon, y en la que su existencia hizo posible la conversión del alzamiento en guerra civil.

Las milicias, convertidas en fuerzas militares sujetas al Código de Justicia Militar, pasaron, pues, a una tercera fase de su historia que se confunde ya con la de los Ejércitos Regulares, aun cuando, en algunos casos, conservaran nombres, símbolos y contenidos políticos. Dejaron ya de ser fuerzas enteramente voluntarias al mezclar en ellas individuos procedentes de la recluta obligatoria. Lo que cada bando hizo con sus antiguas milicias es la mejor revelación de lo que aquellos representaban política y socialmente. En el curso de 1937, las milicias, pues, pierden su carácter primitivo y las nuevas estructuras militares recogen de manera muy diversa su herencia. O, mejor, cabe decir que una de las Españas en lucha aceptará la herencia miliciano, mientras la otra, a pesar de lo que las apariencias muestran, acabará eliminándola, como tendremos ocasión de comentar después. En alguna forma, el tipo de Ejército que cristalizará en cada uno de los campos, a partir de octubre de 1936, estaba en función del tratamiento que se dio a las milicias.

Ante este desarrollo global de las milicias, someramente apuntado, los más inmediatos objetivos historiográficos parecen claros y solo están parcialmente realizados. Michael Alpert y Ramón Salas Larrazábal han enfocado el tema del Ejército republicano, en sendos libros de muy distinto carácter (6), y ambos parten del hecho miliciano. Publicaciones de carácter tendencioso, pero con cuyos aportes informativos ha de contarse, conceden un espacio importante al tema. Sirvan de ejemplo publicaciones como la *Historia de la Cruzada Española o Guerra y Revolución en España*. Las milicias izquierdistas cuentan con un apreciable número de relatos de sus combatientes: los Líster, Modesto, Tagüeña, Mera, etc. Menos halagüeño es el panorama de las milicias franquistas, donde llama la atención un libro como el de Casas de la Vega, ya citado, donde no se sabe si admirar más la información reunida o el pésimo uso que se hace de ella. El tema de las milicias falangistas o carlistas aparece en muchas obras cuya cita puede ser dispensada aquí (7). En alguna de estas obras no falta tampoco un esbozo de estudio comparativo de las milicias de uno y otro campo, pero sin detención en el tema.

A pesar de todo ello, con el nivel de nuestra información actual y en el caso de que no sea disponible alguna nueva (8), parece más que dudoso

(6) En cuanto a ALPERT, se trata de la obra citada en Nota (1). R. SALAS LARRAZÁBAL es autor de *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, 1973, 4 vol.

(7) La obra aludida de R. CASAS DE LA VEGA es *Las Milicias Nacionales*, Madrid, 1977, 2 vol. Aludiremos también, sin hacer su citación bibliográfica completa, a las obras sobre la Falange en la época republicana de F. BRAVO, que fue militante, la de GARCÍA VENERO basada en el testimonio de Hedilla, la de STANLEY G. PAYNE, la polémica de SOUTHWORTH. En cuanto al carlismo, las de LIZARZA, DEL BURGO, REDONDO y ZAVALA, MELCHOR FERRES, alguna de las cuales citaremos después en extenso.

(8) Me refiero, por ejemplo, a la posibilidad de acceso a los Archivos del Partido Comunista o a los de la familia de Manuel Fal Conde, referentes al carlismo.

que el conocimiento de las organizaciones milicianas anteriores a julio de 1936 vaya más allá de las actuales especulaciones y continuas referencias a las someras noticias de los memorialistas, o la recogida de datos de testigos aún supervivientes. Nuestro desconocimiento llega a tal punto que merece señalarse cómo Lister y Modesto no se ponen de acuerdo en la fecha de fundación de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (M.A.O.C.), que el primero fecha en la primavera de 1933 y el segundo a fines del mismo año (9). Y lo más seguro es que en ambas fechas ninguno de los dos pudiera hablar de más que un incipiente proyecto de creación de grupos armados de autodefensa. Parece claro, por lo demás, que el origen de las milicias socialistas y comunistas tiene muy poco que ver con las declaraciones de estos grupos sobre la creación del Ejército del pueblo, el Ejército Rojo, o la vanguardia armada del proletariado.

No hay ninguna evidencia histórica seria para adjudicar la iniciativa en la aspiración a crear grupos armados en la época republicana a los partidos y centrales sindicales de inspiración marxista o anarquista. Por tanto, resulta gratuita la afirmación de R. Salas Larrazábal de que las milicias fueron una creación de «centrales y partidos de extrema izquierda» (10). Las milicias marxistas no fueron anteriores a aquellas otras de inspiración fascista, por ejemplo, y menos aún anteriores a la organización por el carlismo de su típica milicia, el «Requeté». Bien es verdad que existía una doctrina de la militarización del pueblo que puede remontarse a Lenin y que sería invocada por el marxismo español. La subversión política mediante el empleo de grupos armados es, como todo el mundo sabe, axioma central del fascismo y no es preciso traer a colación hechos ni declaraciones para comprobar que el fascismo español lo hizo suyo prontamente. Sin embargo, suele ser frecuente el error de identificar, sin más matizaciones, las actividades del pistolero o del terrorismo que algunos grupos practican, antes y durante la Segunda República, con la verdadera existencia de milicias encuadradas y disciplinadas, aunque tengan que desenvolverse clandestinamente.

En definitiva, tanto carlistas como fascistas, socialistas y comunistas, poseyeron en la República una teoría de las milicias, y crearon este tipo de organizaciones, aunque las respectivas fechas de creación no estén claras, dado que, probablemente, no hay fechas puntuales de tales creaciones. En todo caso, la organización de milicias no fue emprendida seriamente antes de 1934, aunque existieran núcleos anteriores. En este punto coincido con Salas Larrazábal cuando afirma que fue a partir de 1934 cuando la izquierda vio la debilidad de sus milicias y «de ahí parte la idea de crear fuerzas paramilitares que se madura a partir del triunfo del Frente Popu-

(9) E. LISTER: *Memorias de un luchador. I. Los primeros combates*, Madrid 1977, p. 27.
J. MODESTO: *Soy del Quinto Regimiento*, Barcelona, 1978, p. 47.

(10) En su colaboración a V. PALACIO ATARD (Ed.): *Aproximación histórica a la guerra de España*, Madrid (Cátedra de Historia Contemporánea de España de la Universidad Complutense), 1970, p. 108.

lar» (11). Los carlistas instruían ya a sus hombres en el campo antes de mayo de 1934, en que Fal Conde es nombrado jefe delegado de la Comu-
nión en España. La Falange empleaba la Casa de Campo madrileña para
ejercicios paramilitares a los que asistía el propio Primo de Rivera. El
sarampión de las juventudes militarizadas empiezan a pasarlo los grupos
políticos por lo menos a partir de 1934.

Pero una cosa eran milicias y otra grupos armados. La doctrina sobre
las Milicias es asunto claro para aquellos grupos que las crearon. En líneas
generales, las Milicias obedecían a la idea de crear verdaderas organiza-
ciones armadas sobre la base de ciudadanos voluntarios, distintas del Ejército
regular integrado en el aparato del Estado, que ponían, o pretendían po-
ner, un instrumento militar al servicio de ideologías de clase, en situacio-
nes en que se preveía la necesidad de una defensa violenta de valores e
intereses amenazados. En unos casos estas aspiraciones partían del
axioma del *estilo militar* en la política, de la «dialéctica de los puños y las
pistolas». En otros casos eran una táctica revolucionaria coyuntural. Uno
de los hombres que más destacado papel jugó en el Ejército Popular de
la República, Vicente Rojo, escribió también jugosas páginas sobre la mili-
cia y su relación con este tipo de Ejército. Decía Rojo que la milicia ar-
mada era el umbral del Ejército Popular, pero no se confundía con él. Las
milicias nacían en una coyuntura especialmente conflictiva de la vida de
una sociedad, carecían de vínculos orgánicos y solo una definitiva convul-
sión social podía hacerlas evolucionar hacia el Ejército Popular. Una masa
dispuesta a la disciplina y a la lucha, a la que se arma, sería la milicia,
«algunas veces sectaria políticamente» (12). Rojo, militar profesional al
cabo, no creía en la capacidad militar resolutoria de las milicias, pero caló
perfectamente en lo que tenían de germen de un verdadero Ejército. Pero
Rojo erraba, a nuestro juicio, cuando exponía los precedentes de las mili-
cias. El fenómeno miliciano de los años treinta tiene unos caracteres ente-
ramente nuevos que ni siquiera son relacionables con aquella Milicia Na-
cional del siglo XIX, que defendía un régimen y no era la prolongación
de un partido sino una institución constitucional.

Ante estas especificaciones de un técnico como Rojo, cabe preguntarse
si en la República Española, y especialmente antes del triunfo del Frente
Popular, existieron verdaderas Milicias, es decir, grupos populares, ver-
daderamente encuadrados y disciplinados y, sobre todo, *armados*. Por lo
pronto, tales organizaciones eran ilegales. Después, hay que resaltar la
unanimidad de todos los tratadistas recientes del tema acerca del escaso
valor estrictamente militar de estas organizaciones, la penuria de su ar-
mamento —reconocida por sus propios integrantes—, la elementalidad de
su instrucción. Entre las organizaciones proletarias, o de la izquierda mar-
xista, no faltan en estas fechas declaraciones sobre la necesidad de crear
milicias, en el contexto, generalmente, de la eliminación del Ejército tradi-

(11) *Ibidem*, 109.

(12) V. ROJO: *España Heroica*, Barcelona, 1975. El texto empieza en la p. 22. Nuestra
cita es de la 30.

cional y las fuerzas de orden público. El programa elaborado por la Ejecutiva del P.S.O.E., en enero de 1934, aborda el tema en sus puntos 5.º y 6.º En el primero de ellos habla de la disolución del Ejército y su reorganización inmediata sobre nuevas bases; no se refiere a su eliminación. Pero en el 6.º se propone la disolución de la Guardia Civil y la reorganización de los institutos armados, añadiendo que «núcleo principal de estos institutos sería una milicia reclutada exclusivamente, preponderantemente entre los afiliados a las organizaciones que realicen la transformación apuntada en este programa» (13). El periódico *Claridad*, que recogía la línea largocaballerista, habla en febrero de 1936 de la necesidad urgente, que se hace ver a socialistas, comunistas y sindicalistas «de constituir por todas partes y a cara descubierta las milicias del pueblo». El comunista Antonio Mitje hablaba en Badajoz, en mayo de 1936, de «las milicias uniformadas... que son los hombres del futuro ejército rojo obrero y campesino» (14). En cuanto a los anarquistas, bástenos señalar que en un documento publicado por Peirats, referente al Congreso Confederal de Zaragoza, se dice que «un ejército permanente sería peligroso. El pueblo armado será la mejor garantía contra la restauración de la vieja sociedad» (15).

Todo esto, y muchos otros documentos del mismo estilo y de todas procedencias que podrían reproducirse, son muestra de intenciones y propósitos, pero dicen poco sobre las realidades. El hecho cierto es que, poseyendo hoy multitud de noticias dispersas sobre creación, organización y mandos, objetivos, uniformidad, instrucción y ubicación de milicias, como lo conocemos a nivel provincial en el caso del carlismo, por ejemplo, nadie tiene respuesta clara para algunas preguntas elementales sobre las milicias anteriores a la guerra. Nadie sabe, o dice, cuántos hombres se encuadraron realmente en las M.A.O.C. Y menos aún en las Milicias socialistas que perviven aún después de la creación de las Juventudes Socialistas Unificadas. Sobre los instructores militares, los Faraudo, Galán, González Gil, Castillo, apenas sabemos más que el hecho de que lo eran. Del armamento no sabemos más que la existencia de algunas pistolas, porque los datos sobre armas de mayor envergadura, como los explosivos, proceden de fuentes, como Comín Colomer, a las que más vale ignorar. La misión de estas milicias es bastante modesta, a juzgar por lo que dicen algunos de sus fundadores: «autodefensa del pueblo». «Defensa de las agresiones de los pistoleros fascistas y de las brutalidades de la fuerza pública.» Y en cuanto a su estructura, Modesto afirma, sin establecer siquiera claramente la fecha en que fue designado «responsable nacional de las M.A.O.C.» (16).

(13) Reproducido en *Guerra y Revolución en España*, Moscú, 1967, vol. 1, p. 53.

(14) Reproducido en R. DE LA CIERVA (Ed.): *Los documentos de la Primavera trágica*, Madrid, 1967, p. 434.

(15) *Ibidem*, p. 262.

(16) Véase su *op. cit.*, pp. 40 y 47-50. M. ALPERT, *op. cit.*, pp. 16 y 18 y Nota 50, hablando de las M.A.O.C. dice que los autores comunistas dan cifras sobre los afiliados a esta milicia de entre 1.000 y 1.500 hombres, que le parece a Alpert muy baja, y cita a Modesto y D. Ibárruri en la obra colectiva que hemos citado en Nota 13. En las ediciones que yo manejo de ambas obras no he encontrado la alusión a cifras a que se refiere Alpert.

El panorama es casi enteramente homólogo en lo que se refiere a las milicias de la derecha, la Falange y el Requeté. Ni Francisco Bravo, Montes Agudo, García Venero o Payne aportan una noticia comprobada y comprobable sobre el número real de afiliados a la Falange antes de julio de 1936, y menos aún sobre los componentes del grupo específicamente miliciano de esta organización, la llamada «Primera Línea». Todo son conjeturas o testimonios, sobre los que Payne se permite dudar. Este llega a hablar de 9.000 a 12.000 hombres en la milicia falangista. De su estructura conocemos elementalidades sobre las escuadras, y los jefes territoriales de las Milicias. En cuanto al *Requeté*, la organización miliciano de la Comuñón Tradicionalista, estamos ahora en condiciones de afirmar que la mayor parte de los datos sobre esta época aportados por el libro de Luis Redondo y Juan de Zavala (17), tenido por básico, son enteramente gratuitos. Este libro llega a hablar de la existencia de «15 Tercios en Cataluña», en 1935. Este tipo de unidad de milicias suponía más de seiscientos hombres, lo que hubiera equivalido a la existencia de una milicia de diez mil hombres en Cataluña, que nunca se vio por parte alguna. Aun cuando sabemos algo más sobre los instructores militares de esta milicia, los Rada, Utrilla, Varela, Redondo y otros muchos profesionales, nos es imposible reconstruir por ahora la exacta dimensión del importante fenómeno de la marcha a Italia para instrucción de un grupo de hombres que se estima superior al centenar. Una obra fiable es la de A. Lizarza y, en menor proporción, las de Del Burgo, pero se refieren exclusivamente a Navarra (18). Por fin, un autor del que existen buenas razones para suponer que tuvo acceso a importante documentación, la de Fal Conde, Melchor Ferrer, no es nada explícito en sus cifras. Tiene, por último, toda la razón Salas Larrazábal cuando afirma que el tan celebrado arsenal de armas ligeras y pesadas, adquirido y almacenado en esta fecha, no aparece por parte alguna.

No parece necesario hacer más prolija esta enumeración. De hecho, no sabemos con seguridad desde cuándo empezaron a ser ciertos núcleos de milicias de cierta entidad. Todos los testimonios coinciden en que el periodo del Frente Popular fue decisivo y que en él las milicias izquierdistas se manifiestan con entera libertad, como fue el caso de la manifestación del 1.º de mayo de ese año. Pero permanecen también en esta etapa las mismas incógnitas. Siguen faltando las fuentes pertinentes, y ello sigue siendo un obstáculo importante a la hora de valorar con corrección lo que la presencia de las milicias significó para el alzamiento antirrepublicano o la defensa de la República. Porque lo único que parece estar establecido con cierta solidez es la connivencia entre Mola y el carlismo navarro.

* * *

(17) REDONDO-ZAVALA: *El Requeté (La Tradición no muere)*, Barcelona, 1957. La obra de LIZARZA es *Memorias de la conspiración*, de DEL BURGO interesan *Requetés en Navarra antes del alzamiento y Conspiración y Guerra Civil*.

En la coyuntura de la ya inevitable guerra civil, el domingo 19 de julio de 1936 (19), la verdad es que ninguna organización miliciana de cualquier procedencia poseía ni estructura ni medios para emprender acción alguna por su cuenta. Y, sin embargo, entre los planes políticos de algunas de estas organizaciones, el carlismo y la Falange, habían figurado variadas planificaciones de alzamientos a realizar con sus propias fuerzas, si bien habían sido descartadas. Tales milicias, con la excepción, tal vez, del carlismo navarro, no eran siquiera aptas para el empleo inmediato en acciones de guerra de alguna entidad. Esto venía a coincidir con el hecho de que ni el Gobierno de la República ni el alto mando de los sublevados deseaban en manera alguna, aunque por razones distintas, que tal empleo se materializa. La República «armó» al pueblo, no sin que antes parte de este se armara por su cuenta, cuando no había otro remedio. En el bando contrario, Mola, por ejemplo, que tuvo a su disposición los mejores contingentes de milicias existentes en el momento, no quiso sino mezclarlos con fuerzas regulares. La iniciativa de los sublevados quedó en todas partes bajo el férreo control militar, que nadie discutió. ¿Podrían las milicias haber hecho otra cosa? La respuesta no es fácil, porque no tenemos los datos necesarios. ¿Podrían haberse negado armas a unas milicias realmente organizadas y fuertes en julio de 1936? En cualquier caso, fue el poco concluyente resultado inmediato del alzamiento el que condicionó la evolución inmediata de las milicias, reafirmando su presencia e importancia. Integrándolas con las fuerzas militares de cada bando en muy distinta proporción y condiciones, dada la propia situación del Ejército en cada campo.

En lo que Alpert ha llamado «el periodo miliciano», entre junio y diciembre de 1936, es cuando puede hablarse con propiedad de la creación de unas milicias populares armadas, con los caracteres que Vicente Rojo atribuía a este tipo de fuerzas. Pero las características reales de ellas no llegaron a ser nunca las que podrían haberse considerado como ideales. Existían algunos condicionantes que alteraban el modelo y que, en ciertos casos, eran comunes a milicias de los leales y los sublevados: la particular relación con el antiguo Ejército, la extracción de los mandos, la fragmentación de las milicias según adscripciones políticas, y otros. Pero más decisivo es el hecho de que lejos de darse en las milicias una tendencia a la coincidencia progresiva en los rasgos básicos, fuera cual fuera el bando donde lucharan, lo ocurrido fue que las milicias de uno y otro campo tenderán a diferenciarse profundamente. La dimensión histórico-sociológica de mayor interés ahora es la que la divergente historia de estas milicias muestra sobre varios aspectos cruciales de la guerra civil. Podemos enumerar algunos de ellos. La diferenciación de las milicias indica elementos de juicio para valorar las reales intenciones políticas y sociales de los líde-

(19) Estimo que la consideración que hace SALAS LARRAZÁBAL en diversos sitios de su obra, de que las operaciones militares de la guerra deben considerarse comenzadas el 21 de julio, resulta algo caprichosa. El 19 ya salía de Pamplona la columna García Escámez, y el 20 salían otras.

res de la sublevación; para valorar, igualmente, la diferente concepción en ambos bandos sobre el papel histórico de las *masas populares*; la relación que establecen entre guerra y transformación social, entre otros aspectos. Todo ello, independientemente de lo que la observación de la evolución de las milicias revela sobre la forma en que cada bando hubo de construir su nuevo Ejército. No podemos detenernos aquí en el análisis de estas cuestiones. Pero podemos, al menos, fijar algunas de sus líneas esenciales.

La primera se refiere a los *hombres* y sus *mandos*. La afluencia de los voluntarios a los centros donde se encuadraban las nuevas unidades fue reconocida como masiva, se tratara de Madrid, Barcelona, Pamplona o Sevilla. Pero conviene advertir que una cosa fueron los primeros momentos de entusiasmo y otra las dificultades del reclutamiento posterior. La movilización obligatoria, en las dos partes, alteró profundamente la corriente. Pero las diferencias comienzan, inmediatamente, en la manera misma de efectuar el encuadramiento. Mientras la prácticamente intacta organización militar del bando sublevado hizo que, en principio, las fuerzas milicianas no rebasaran la unidad tipo compañía (20) y que estas fueran empleadas en el combate junto a fuerzas regulares formando columnas, en el campo republicano la organización fundamental fue el batallón, de cuatro compañías cuando menos. Las milicias del bando sublevado no tuvieron, en principio, entidad orgánica de importancia. Ni se quiso, ni se permitió. Estas unidades, además, son mandadas por militares profesionales. Rara vez las compañías de milicias llevan a su frente mandos naturales de procedencia milicianas, pero son más frecuentes los mandos subalternos de ese origen. El mando de las milicias entre los sublevados se reservará siempre a los militares. Fueron rarísimos los casos en que un no profesional llegó a mandar compañías en las milicias de los sublevados, salvo que hubieran pasado antes por las Academias militares establecidas con ocasión de la guerra. Y más raro aún fue el mando de batallón por individuos de ese origen. Entre los defensores de la República, las cosas sucedieron de otro modo. Fracasado el proyecto de creación de un «Ejército Voluntario», establecido en agosto, hubo de volverse a la base de las Milicias. Los problemas de la oficialidad profesional hicieron que en las milicias republicanas los mandos no profesionales fueran algo normal. En el Ejército de Euzkadi se afirmaría que «no llegarían a una docena los militares profesionales en activo que sirvieron en el Ejército de Euzkadi y a otros tantos los reservistas» (21). Hombres salidos de las milicias llegarían a mandar Cuerpo de Ejército y, naturalmente, Divisiones, Brigadas, y todas las unidades inferiores. En las milicias republicanas existió el mando por elección, y hasta absurdos «comités de batallón». Jamás los militares sublevados permitieron esto. Y, por lo demás, tardaron meses en crear con fuer-

(20) La compañía, para los no versados en el tema, es una unidad de algo más de cien hombres teóricos, con un capitán y tres o cuatro oficiales subalternos.

(21) *El informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República...*, Bilbao, 1978, p. 29.

zas milicianas unidades tipo batallón, los Tercios o Banderas, bajo mando militar siempre. El mando miliciano, a pesar de los propósitos de los líderes políticos afectos, falangistas y carlistas, no rebasó nunca los escalones inferiores. Ciertamente, la diferencia entre los dos bandos no puede ser achacada solo a voluntad política, por la simple cuestión de que la República se quedó sin mandos o hubo de prescindir de ellos. Los sublevados tuvieron un Ejército de profesionales.

Como la cuestión del mando, la del *contenido político* de las milicias en la guerra constituye también otra fuente de diferenciación extraordinaria cuya matización es imposible aquí. La República hubo de construir un Ejército político. En la España de Franco se hicieron todos los esfuerzos por evitarlo, con éxito. La figura del Comisario Político de las unidades no existe en el bando sublevado —aunque sin ironía puede decirse que el capellán cumple a veces esta función—. Las misiones de depuración serían encargadas a los Asesores Políticos que se establecen en las Jefaturas Provinciales de Milicias, a la altura de mayo de 1937. Pero es función que se desarrolla fuera del propio Ejército. En un temprano momento de la guerra, los sublevados prohíben la «creación de nuevas milicias». Una circular de Mola de 25 de septiembre de 1936 dice: «Reitero mi orden de no permitir la creación de nuevas milicias ni tolerar por ningún concepto propagandas políticas» (22). La esencia de las milicias republicanas y de su posterior Ejército es justamente la contraria: emplear el adoctrinamiento político como base de una moral de victoria. Las milicias son organizadas y controladas sobre la base de una adscripción política concreta. En Cataluña, el fenómeno es aún más extremo, de lo que es ejemplo la creación del Comité de Milicias Antifascistas.

Las milicias republicanas, antes y después de la militarización, conservarán sus contenidos políticos, base de la moral de combate y condición inexcusable para hacer la guerra. Que a través de ellas pudiera intentarse una operación de mayor estilo, con implicaciones probables en la lucha por el control del poder, como muestra el ejemplo de lo que significó el «5.º Regimiento», no es descartable. Los comunistas, sin embargo, fueron los principales partidarios de la creación efectiva de un Ejército, que no dejaría de ser instrumento «político». El caso de las milicias anarquistas es aún más claro. Para ellas no hay guerra sin revolución; se oponen con todas sus fuerzas a la militarización, porque «todo Ejército es fascista». La base ideológica de los sublevados era, por el contrario, el militarismo y de ahí su actitud hacia los componentes políticos de las milicias. Una consecuencia inmediata de todo esto fue que el valor militar de las milicias sublevadas superó pronto al de las republicanas. La politización era un elemento negativo en la fase miliciano, por su incidencia sobre la disciplina y la necesaria coordinación. Las milicias republicanas fueron, de hecho,

(22) A.G.L., 15-1-81. Véase la postura de Casas de la Vega, *op. cit.*, pp. 303 y ss., que representa, sin duda, las opiniones de los militares sobre el tema.

un fracaso y Rojo estaba en lo cierto al pensar que cualquier nueva forma de Ejército no podía ser construida sin el concurso del antiguo.

La *militarización* de las milicias se impuso como necesidad en ambos bandos, pero también con condicionamientos bien distintos. Para la República fue cuestión urgente, y en sus fuerzas fue donde la medida produjo, desde el punto de vista organizativo y de aumento de la eficacia militar, efectos transformadores importantes. El gobierno de Largo Caballero publica dos Decretos el 30 de septiembre de 1936, por los que se regula la cuestión y se establece que entre el 10 y 20 de octubre las milicias habrían de quedar sujetas al Código de Justicia Militar. El gobierno autónomo de Euskadi decreta la movilización de cuatro quintas el 16 de octubre y el 25 declara militarizadas «las milicias populares voluntarias» (23). En Cataluña, la Generalidad establece la militarización el 24 de octubre y declara disuelto el Comité de Milicias Antifascistas. A partir de ahí comenzó el proceso de creación de una nueva estructura militar. El verdadero papel de los comunistas y de los asesores soviéticos en este proceso se ha discutido bastante. No cabe duda de que los impulsores del cambio fueron los comunistas y de que la medida era imprescindible (24). Significativamente, en el Ejército de Franco no se adopta una medida semejante hasta la publicación del Decreto n.º 112, de 20 de diciembre de 1936 y, a partir de enero de 1937, empiezan a dictarse otra serie de medidas que van a ir perfilando la organización de las Milicias, mientras sus unidades se reducen todas al modelo del batallón. El proceso termina con la Unificación, que no es solo de grupos políticos sino también de milicias.

Los tres aspectos que hemos considerado en la evolución de las milicias dan idea, sin necesidad de mayores glosas, de la acusada diferenciación en las milicias de ambos bandos en lucha. Unas reflexiones finales pueden ayudar a la matización del fenómeno. En realidad, el desarrollo de estos procesos que hemos descrito venía impuesto, en principio, por unas circunstancias externas al hecho miliciano: la situación de un Estado que queda prácticamente sin Ejército y que tiene que recurrir para su defensa a las masas de voluntarios, militarmente ineptos, políticamente plurales cuando no enfrentados, y con objetivos que no siempre se identifican con los de la defensa de la República... Los sublevados contaban, sin discusión, con la parte más eficiente del Ejército, con una oficialidad que en sus escalones altos era suficiente y con unos contingentes milicianos que no discuten la primacía del mando militar, aunque quieran participar en él. Por tanto, Franco no tuvo necesidad alguna de militarizar sus milicias y solo lo hizo ante el convencimiento del alargamiento de la guerra y la necesidad de homogeneizar más aún sus fuerzas. Sus milicias eran, prácticamente, fuerzas militares desde el principio. Pero se incardinan en este distinto comportamiento dimensiones más profundas.

(23) *Op. cit.*, de AGUIRRE, documentos 5 y 8, pp. 287 y 292.

(24) *Guerra y Revolución en España, op. cit.*, I, 292 y ss., donde se expresa la postura del partido comunista.

En general, las fuerzas políticas republicanas nunca dudaron de la fundamental importancia de los contingentes milicianos, especialmente fracasado el proyecto de Ejército voluntario, aun cuando las críticas al comportamiento de las milicias fueran muchas y generales. Las milicias *representaban* realmente el elemento *popular*, única esperanza de defensa de la República. Los sublevados, en realidad, no representaban más que *al Ejército*. Se alzaron con unos objetivos políticos someros, generados en el propio seno de la institución militar y bastante claros. La conocida actitud de Mola es buen ejemplo de ello. Los militares ni creían ni contaban con las masas populares, que, en todo caso, eran para ellos viveros de soldados a militarizar. El Ejército sublevado no quería la milicia; simplemente la soportó. Y fueron anulados prontamente algunos ingenuos políticos que se atrevieron a explicitar proyectos que concedían alguna viabilidad a un Ejército político: Fal Conde y Hedilla. Existen múltiples testimonios, imposibles de reseñar aquí, que muestran cómo el alto mando no quiso ver en los milicianos nunca más que soldados. Confirman estos autores militares como Casas de la Vega o Salas Larrazábal. Este último, expone el hecho en un párrafo que hace ociosa cualquier otra reflexión: «el escaso entusiasmo que mostraron los militares en contar con una ayuda que no solicitaron más que cuando la comprobaron indispensable, pero que nunca desearon» (25).

Este no era propiamente el estilo fascista, sino el de los «salvadores» mediante la dictadura militar, que es cosa distinta. Naturalmente, los militares, al aceptar una ayuda que comprobaron imprescindible, tuvieron que ceder algo. Las milicias conservaron simbología y cierta autonomía, puesto que sus unidades fueron mantenidas como tales. La evolución hacia un Estado conforme a estas ideologías que apoyaron la sublevación, al menos en su aparato externo, hizo lo demás. Con ello se cerraba el ciclo de la involución conservadora de la mentalidad militar presente desde principios de siglo. Las fuerzas defensoras de la República no eran unánimes, desde luego, en la interpretación del carácter que esa defensa habría de tener. La cosa tenía difícil síntesis. El Ejército Popular no sería, como dijo Vicente Rojo, «la nación en armas», pero tenía que ser instrumento de una política que en este caso no engendraron los militares, y por ello fue, precisamente, un Ejército político. Que su evolución no fuera la que podría haber salvado a la República, es otra cuestión. El hecho es que, si intentamos interpretar el pensamiento de cada bando sobre el carácter de sus fuerzas militares y la relación de ellas con las milicias, habremos de convenir en que Franco y sus colaboradores hicieron que el Ejército moldeara a las milicias y, por tanto, las privara de sus rasgos esenciales. Mientras que en la España republicana ocurría lo contrario: se moldeaba un Ejército desde las milicias. Esto es ya suficientemente revelador.

(25) *Historia del Ejército Popular...*, vol. I, p. 204.

3. LOS COMPONENTES SOCIOGRAFICOS DE LAS MILICIAS

El estudio sociohistórico de las milicias de los años treinta está, como hemos señalado, enteramente por hacer, pero un primer comentario no impertinente sobre el hecho es el de que tal estudio *es posible*. Podemos, primero, llamar la atención sobre la enorme cantidad de materiales bibliográficos que pueden ser explorados en este sentido, aunque con seguridad no reside ahí la clave de esa posibilidad que apuntamos. El análisis sociológico de las milicias parece cuestión esencial si se quiere contribuir a la clarificación de aquellos fenómenos producidos en la guerra que sean susceptibles de recibir nueva luz de un estudio más completo del papel de las milicias.

Porque lo que está claro, a estas alturas, es que no podemos conformarnos, en el estudio sociográfico de los componentes milicianos, con vagas afirmaciones sobre el hecho, bastante obvio por lo demás, de que las milicias defensoras de la República contaron en sus filas con el proletariado industrial y con parte importante del campesinado. Sobre el de que la República fue defendida igualmente por una pequeña burguesía radicalizada y de que contó también con el apoyo de la intelectualidad progresista, es decir, casi toda. En el otro lado, un paralelamente vago nivel de explicación, lo dan las afirmaciones de que el campesinado pequeño propietario estuvo con los sublevados; que estuvieron también los terratenientes, la gran burguesía acomodada y, por supuesto, la Iglesia, a excepción de la vasca. Esto, además de que no dice hoy mucho ni ayuda a clarificar las razones de la guerra, tiene también el inconveniente de que parece que la elección de un bando fue en la guerra pura cuestión de voluntad. Conviene hilar fino en el tema de la relación entre ideologías y clases, y más en una guerra, antes de que sigan insistiendo en explicárnoslo todo a base del «macizo de la raza», expresión de Ridruejo, tan afortunada como peligrosa.

Es, probablemente, en la caracterización sociológica de las fuerzas que apoyaron la sublevación y, por tanto, en sus milicias, donde nos aguardan mayores sorpresas a la hora de una clasificación sociográfica. Y las bases sociales de los defensores de la República no son, sin duda, tan simples como se ha supuesto. Es preciso también fijar en sus términos reales el fenómeno de la «lealtad geográfica» y matizar algo más el comportamiento de contingentes populares en función de su pertenencia a comunidades históricas de acusada personalidad dentro del Estado español de los años treinta.

Un estudio sociográfico de las milicias es posible en función de los materiales que contienen los archivos específicos de la guerra civil, y algunos otros igualmente explorables. Es, no obstante, probable que la adecuación entre objetivos de investigación y fuentes disponibles no sea la óptima, cuestión, por lo demás, nada inusual. Documentación sobre la extracción social de los milicianos se contiene, en mayor o menor medida, en el Archivo de la Guerra de Liberación del Servicio Histórico Militar, en el

Archivo de la Milicia Nacional, ambos en Madrid, y en la hoy Sección de Guerra Civil del Archivo Histórico Nacional, en Salamanca, antiguo fondo de los Servicios de Recuperación Documental creados en la guerra. Subsidiariamente, existen otros fondos en Archivos, como el General de Navarra, donde la conservación de las fichas personales de cada uno de los combatientes navarros nos ha permitido un estudio completo del tema (26). En esta enumeración no podría omitirse la existencia de archivos privados susceptibles de utilización en el sentido que proponemos.

Los archivos oficiales, en lo que yo conozco, no carecen, desgraciadamente, de lagunas que afectan a regiones, tipos de voluntarios o épocas de la guerra. Alguno de ellos, como el de la Milicia Nacional y el de Salamanca, evidentemente no fueron catalogados pensando en servir a la Historia; su exploración es difícil. Pero, quizá, la dificultad decisiva por ahora pueda venir de otro frente. El estudio sociográfico comporta la necesidad de consultar expedientes personales de los combatientes. El Archivo de la Milicia Nacional conserva un importantísimo fondo de este tipo referente a sus propias Milicias. En la Sección de Guerra Civil de Salamanca se conservan, por el contrario, en menor cantidad, los procedentes de las milicias republicanas. Pero en el primero de estos Archivos, en la época en que fue consultado por nosotros, la segunda mitad de los setenta, no se tenía acceso a los expedientes personales. Sí se tenía, sin embargo, a todo tipo de filiaciones en el de Salamanca.

Las transitorias dificultades de tipo legal a las que aludimos no pueden, en cualquier caso, desaconsejar el inicio de un trabajo de exploración sobre este aspecto esencial de las milicias. Las lagunas a que aludimos pueden significar algunas deficiencias en la caracterización sociográfica, pero los aspectos correctamente documentables tienen mayor importancia. Tal vez, la más notable de las sugerencias que en este sentido puedan hacerse aquí es la de que sería imperdonable que, de forma precipitada, acudiéramos a establecer las líneas divisorias de las lealtades en la guerra a cada uno de los bandos, utilizando convencionalismos que poco más pueden ya explicar. No basta con separar burguesía de proletariado o población rural de urbana. La línea divisoria en el enfrentamiento de los grupos españoles en los años treinta es, según todos los indicios, bastante más sinuosa. Y, en todo caso, esta línea no puede ser postulada. Es preciso buscarla.

(26) Aludo a mi trabajo en colaboración con A. CERRUDO: *La incorporación de los voluntarios de Navarra al Ejército de Franco, 1936-1939. Fundamentos sociohistóricos de una opción ideológica*, en curso de publicación. Su contenido es una versión ampliada del texto que figurará en la investigación que realizo sobre la intervención del carlismo en la guerra civil, muy adelantada ya.